le indicaron de una manera más elocuente los horrores de una sorpresa.

No teniendo fuerzas con que defenderse, pues la que existía á sus órdenes se hallaba en los alrededores de la población, que no se creyó conveniente defender; mirándose circunvalado y perdido, buscó su salvación ocultándose en alguna de las piezas de una casa contigua.

Descubierto por los asaltantes, fué aprehendido y llevado en medio de un grupo de traidores, para oprobio y mengua del nombre mexicano, y conducido á los bajos del Palacio Municipal, donde recibió con la altivez y estoicismo de un espartano los insultos y las diatrivas de una chusma desenfrenada.

La captura del valiente soldado del pueblo, de ese hijo de las montañas, en cuyo corazón existía vivo y latente el fuego sagrado del patriotismo, llenó de placer y de satánica alegría á quienes más de una vez habían huído á su presencia: se reunieron en conciliábulo á pocos pasos de la víctima, y ahí, en medio de los gritos y la algazara, resolvieron dar muerte al ciudadano animoso é intrépido combatiente.

Rodeado de una turba desenfrenada que acababa de entregarse al saqueo y á todos los excesos de la más repugnante orgía, emprendió el camino que debía conducirlo al lugar del sacrificio: su entereza y resolución, su actitud noble y digna, impusieron respeto á sus verdugos, que tuvieron ocasión de ver y admirar lo grande y heroico de aquella alma republicana.

Llegado al sitio que debía recibir su último suspiro, se le intimó que se arrodillara para recibir la muerte, á lo que no accedió, manifestando con una voz vibrante y enérgica: *que los que defendían á su patria y derramaban su sangre por ella, no debían arrodillarse ante los que la deshonraban y vendían;* palabras dignas de un héroe, que la historia debe recoger y guardar en sus fastos imperecederos; acentos de una magia fascinadora, de un ascendiente irresistible para los hombres que aman la libertad y rinden culto al patriotismo.

Alguno de los verdugos, temiendo que el martir siguiera hablando, tuvo miedo á esos acentos que la solemnidad de la muerte hacía más respetables y disparó su arma sobre la boca que acababa de proferirlas: incontinenti, oyóse una fuerte detonación, y cuando el aire disipó el humo de la descarga vióse un cuerpo tirado en el suelo, que

se agitaba aún en las convulsiones de la agonía y que yacía cubierto de sangre.

La turba sacrificadora volvió á su guarida, y un poco después algunas gentes piadosas recogieron el cadáver y lo condujeron para el interior de la ciudad á fin de darle sepultura.

Así acabó la vida del malogrado Coronel Agustín Cravioto.

Muerto en la flor de su edad, cuando todo halaga y sonríe en derredor, su vida debe considerarse como una ofrenda preciosa, ofrecida por un mártir en el altar augusto de la patria.

Ardiente liberal, se consagró desde su juventud al servicio de la buena causa: originario de esas montañas cuyos ecos han repercutido tantas veces á los mágicos acentos de *Patria* y *Libertad*, siempre se le vió al lado de los hijos del pueblo, con quienes compartió sus reveses y sus glorias, sus pesares y sus alegrías.

Actor en la guerra de Reforma, defensor de la plaza de Puebla durante el memorable asedio de 1863, impuesto por el ejército de la Francia; soldado de la democracia, su ideal fué siempre el triunfo de las instituciones republicanas, de esas instituciones queridas que en un porvenir más ó menos lejano harán la felicidad de México, y que constituyen en el día el más bello timbre de la civilización.

Sencillo, modesto hasta después de la muerte, nada hay que señale el lugar donde se consumó su sacrificio; ni un monumento, ni una señal, ni nada de eso que el orgullo y la vanidad mundana en su sed de goces y en su insensato desvarío consagran muchas veces al vicio triunfante, al crimen odioso, á la adulación rastrera; nada, repetimos, indica el lugar donde fué ejecutado; pero en cambio, existe vivo é intenso el sentimiento de la gratitud y el cariño, de la admiración y el respeto hacia quien supo morir como bueno, defendiendo la autonomía nacional; existe la historia que consigna en sus páginas imperecederas las acciones y los hechos de los hombres esclarecidos que, como el Coronel Cravioto, han sabido ser buenos patriotas, liberales sin tacha y excelentes ciudadanos.

La muerte del Coronel Cravioto causó honda sensación entre sus compañeros de armas, pues el finado era un liberal sincero, amante decidido del progreso y defensor incondicional de la independencia de la patria.

Dueño de una gran fortuna, abandonó ésta y las comodidades y goces que proporciona, por seguir las inspiraciones de su alma esencialmente republicana, y sucumbió mártir de sus ideas, que defendió con entereza y brío en los campos de batalla.

La ciudad de Huauchinango, de donde fué originario, le hizo suntuosos funerales, pronunciando una hermosa y patética oración fúnebre en el acto solemne de la inhumación, el ameritado liberal tlaxcalteca C. Miguel Lira y Ortega, orgullo de la patria de Xicotencatl, y que en unión de otros muchos de sus compatriotas, abandonando familia, intereses y hogar, defendía la libertad y la independencia de México en las risueñas y legendarias montañas de la Sierra Norte del Estado de Puebla.

El señor Iglesias, el juicioso é insigne escritor, consagró á nuestro héroe las siguientes líneas que copiamos del tomo 2º de sus interesantes "Revistas," y que como una humilde ofrenda de nuestra admiración, colocamos como digno epitafio en la tumba del malogrado montañez.

Hélas aquí:

"El período que comprende esta revista (noviembre á diciembre de 863), señala entre las pérdidas más lamentables de los buenos hijos de México, la del valiente Coronel Cravioto, fusilado en Zacatlán; la del inteligente y patriota periodista Florencio M. del Castillo, llevado á Ulúa para ser deportado á la Martinica, y la del ilustre Comonfort, sacrificado al ir á batirse con los invasores.

"Deploremos esas calamidades públicas; conservemos en nuestros corazones, como una esperanza y un consuelo, la tierna memoria de los que han muerto por México; y no olvidemos, al recorrer la vía dolorosa que nos va trazando el destino, que esas tumbas son las piedras miliares del camino de la inmortalidad; el pedestal sobre que ha de asentarse, firme é indestructible, la Independencia de la patria."

CAPITULO XXXIV.

El Gobierno legítimo en el Interior de la República.—Disposiciones importantes que dicta.—Proclama del Presidente Juárez.—Actitud digna que asume.—La Regencia recibe su poder de la "Junta de Notables".—Artículo de Barrés comentando é interpretando un proloquio vulgar.—Carta de Forey aprobando la opinión del escritor francés.—Ley de inquilinato expedida por la Regencia.—El Gral. Llave.—Es asesinado por su escolta.—Honores que se le tributaron.—Traslación de sus restos á Orizaba.—Ovaciones.—La Regencia nombra una comisión que lleve al Archiduque el voto de la "Asamblea de Notables," y el voto de gracias á Napoleón.—Personas que la formaron.—Detalles de la excursión, y del acto de la presentación.—El Padre Miranda.— Juicio de ese corifeo de la Intervención, hecho por un periódico de Puebla.—Causas que determinaron á Forey á no emprender desde luego la campaña del Interior.—El ejército francés celebra el aniversario del 15 de Agosto.—Diversos hechos de armas.—Terrible providencia dictada por Forey en contra de la ciudad de Tlálpam.

Llegado que hubo el Supremo Gobierno Constitucional á la ciudad de San Luis Potosí, su jefe, el abnegado Juárez, hizo oir desde luego su valiente voz á la Nación por medio de un patriótico Manifiesto, en el que resaltaban el entusiasmo y la perseverancia para continuar la lucha, y la fe más viva en el triunfo definitivo de la causa que sostenía la República. [1]

1 Decía el señor Juárez en ese importante documento:

"Reconcentrado el enemigo en un punto, como ahora, será débil en los demás, y diseminado, será débil en todas partes. El se verá estrechado á reconocer que la República no está encerrada en las ciudades de México y Zaragoza: que la animación y la vida, la conciencia del derecho y de la fuerza, el amor á la Independencia y á la democracia, el noble orgullo sublevado contra el inicuo invasor de nuestro suelo, son sentimientos difundidos en todo el pueblo mexicano, y que esa mayoría sujeta y silenciosa, en cuyo levantamiento cifraba Napoleón III el buen éxito y justificación del mayor atentado que ha visto el siglo XIX, no pasa de una quimera inventada por un puñado de traidores.

"Se engañaron los franceses creyendo enseñorearse de la Nación al rumor solo de sus